

Tela de Araña: la estructura que sostiene

Fragilidad documental y el diseño de sistemas de conocimiento vivos

Edgardo Civallero | <https://teladearania.com/>

1. *Tela de Araña* como espacio de reflexión

Tela de Araña es un estudio independiente dedicado a la organización del conocimiento, el diseño semántico y las estructuras documentales y editoriales. Trabaja con archivos, colecciones, documentos, vocabularios, catálogos, flujos de trabajo y sistemas de memoria, especialmente cuando estos requieren estructuras que les permitan mantenerse utilizables a lo largo del tiempo. Su campo de trabajo abarca documentos dispersos, flujos de trabajo frágiles, vocabularios improvisados, catálogos incompletos, prácticas no documentadas y todas aquellas formas de conocimiento y memoria que dependan de ellos.

Al mismo tiempo, *Tela de Araña* es un espacio de reflexión sobre las condiciones que hacen necesaria esta labor. Los problemas prácticos que se presentan en archivos, colecciones, organizaciones y proyectos culturales no son solo inconvenientes operativos. También plantean interrogantes conceptuales sobre el conocimiento, la memoria, la infraestructura, la documentación y la continuidad. Cuando se conservan documentos pero sus relaciones no están claras, cuando existen catálogos pero estos permanecen incompletos, cuando circulan vocabularios sin suficiente explicación, o cuando los flujos de trabajo dependen de decisiones no documentadas, el problema radica en la estructura que permite que los materiales sigan siendo inteligibles.

Este artículo desarrolla estas cuestiones desde la perspectiva de *Tela de Araña*. No presenta un catálogo de servicios, sino que examina las condiciones bajo las cuales los archivos, las colecciones, los documentos, los vocabularios y los sistemas de memoria pueden seguir siendo encontrados, interpretados, mantenidos, revisados, publicados,

migrados, gestionados y utilizados. Por lo tanto, el enfoque no se centra únicamente en la preservación, el acceso o la organización, sino en las estructuras que permiten que el conocimiento y la memoria permanezcan activos sin que se diluyan su historia, su lenguaje, su contexto o su autoridad.

Tela de Araña parte de una premisa simple pero a menudo olvidada: el conocimiento y la memoria no siguen siendo utilizables por el mero hecho de que los materiales sobrevivan, sino porque las estructuras que los conectan, describen, contextualizan y sustentan siguen siendo inteligibles.

2. Fragilidad documental

La fragilidad documental no se limita a la desaparición, destrucción o deterioro físico de los materiales. También puede manifestarse cuando documentos, registros, catálogos, vocabularios, archivos y bases de datos permanecen, pero las estructuras que los hacen utilizables comienzan a desgastarse. En estos casos, el archivo o la colección aún existe, pero sus relaciones internas se vuelven más difíciles de comprender. Los materiales pueden permanecer intactos mientras que la lógica que los explica se vuelve parcial, inestable o inaccesible.

Este tipo de fragilidad suele desarrollarse de a poco. Los materiales se dispersan entre carpetas, unidades, plataformas, oficinas, dispositivos personales o rutinas institucionales. Los flujos de trabajo continúan, pero dependen de hábitos que nunca se documentaron. Se improvisan vocabularios para resolver necesidades inmediatas, que luego se mantienen sin un alcance ni criterios claros. Se inician catálogos, pero no se completan. Se duplican archivos sin un control de versiones fiable. Las categorías siguen organizando materiales incluso después de que su significado se haya vuelto incierto. Las prácticas locales pueden ser conocidas solo por personas específicas, mientras que las responsabilidades, las decisiones y las excepciones quedan fuera de cualquier registro compartido.

Por lo tanto, el problema no es solo material. Es estructural, semántico, procedimental e institucional. Es estructural porque las relaciones entre los materiales pueden haber perdido claridad. Es semántico porque los términos, categorías y descripciones utilizados para nombrarlos pueden haber perdido su capacidad de explicarlos adecuadamente. Es procedimental porque los flujos de trabajo, las responsabilidades y las rutinas de mantenimiento pueden depender del conocimiento informal en lugar de la documentación compartida. Y es institucional porque la continuidad del sistema puede depender de acuerdos temporales, roles inestables o personas cuyo conocimiento no se ha plasmado en formatos duraderos.

Un sistema de memoria puede volverse frágil sin perder un solo documento. Se vuelve delicado cuando las relaciones que dan coherencia a sus materiales ya no se comprenden ni se mantienen. El material que sobrevive permanece disponible en un sentido limitado, pero su capacidad para sustentar la memoria compartida y su uso futuro se debilita. Lo que está en riesgo no es solo el material en sí, sino también las condiciones que le permiten participar en un sistema de conocimiento.

Por eso, la fragilidad documental suele hacerse evidente cuando el conocimiento, la memoria o la documentación han superado las estructuras que los albergaban. Un archivo heredado puede contener materiales valiosos, pero carecer de un mapa fiable de su contenido. Un repositorio digital puede acumular registros más rápido de lo que sus metadatos pueden explicarlos. Un sistema de publicación puede seguir generando contenidos mientras pierde el control de los derechos, las versiones, las fuentes o las decisiones editoriales. Un proyecto de memoria comunitaria puede preservar testimonios, fotografías o documentos, dependiendo al mismo tiempo de conocimientos locales que aún no se han descrito, compartido ni protegido de la desaparición.

En estas situaciones, la primera tarea no es imponer un orden abstracto, sino comprender dónde se ha debilitado el sistema: dónde se han dispersado los materiales, dónde las categorías ya no describen con claridad, dónde las decisiones no se han

documentado, dónde los flujos de trabajo dependen de la memoria en lugar de la estructura, y dónde se puede perder la autoridad o el contexto si el sistema se reorganiza con demasiada rapidez. La fragilidad documental exige prestar atención a lo que existe, pero también a lo que lo mantiene unido.

3. Infraestructura del conocimiento

La infraestructura del conocimiento puede entenderse como el conjunto de estructuras que permiten que los materiales se mantengan utilizables a lo largo del tiempo. No se refiere únicamente a sistemas digitales o técnicos, sino que incluye aquellas disposiciones mediante las cuales los materiales se describen, conectan, conservan y revisan. En archivos, colecciones, organizaciones y proyectos de memoria, esta infraestructura puede manifestarse en catálogos, metadatos, clasificaciones, vocabularios, documentación o rutinas de gobernanza. También puede permanecer menos visible, integrada en las prácticas, distinciones, categorías y decisiones que han configurado el sistema a lo largo del tiempo.

Los elementos que suelen considerarse soporte técnico forman parte, por lo tanto, de la arquitectura epistémica de un sistema. Los modelos de metadatos no solo añaden información a los documentos, sino que definen qué aspectos de estos pueden registrarse, buscarse, compararse y reutilizarse. Los sistemas de clasificación no se limitan a organizar los materiales, sino que establecen relaciones de proximidad, separación, jerarquía y relevancia. Las directrices de catalogación estabilizan la descripción al definir qué debe registrarse, cómo debe expresarse y bajo qué criterios los distintos materiales pueden tratarse de forma coherente. Los vocabularios controlados, los tesauros, las taxonomías y las reglas de nomenclatura regulan el lenguaje mediante el cual los materiales se vuelven localizables e inteligibles. Los inventarios, las estructuras de carpetas y las plantillas de documentación dan forma práctica a estas decisiones, facilitando su uso, mantenimiento y transmisión.

Estas estructuras determinan si los materiales pueden encontrarse, relacionarse, interpretarse, ser fiables, migrarse y conservarse. Un archivo puede existir con un nombre estable y aun así resultar difícil de identificar. Los registros pueden conservarse con descripciones insuficientes para facilitar su interpretación o conexión. Las categorías pueden seguir organizando una colección incluso cuando su alcance se ha vuelto nebuloso. Los vocabularios pueden acumular términos de diferentes momentos, proyectos, personas o supuestos sin que esas diferencias sean visibles. Las bases de datos pueden almacenar información sin facilitar una navegación significativa a través de las relaciones que dan contexto a los materiales.

Por esta razón, la infraestructura del conocimiento no es ajena a la información en sí. Participa de las condiciones que permiten su circulación y utilización. Un mismo material puede sustentar diferentes formas de memoria, investigación, publicación, rendición de cuentas o enseñanza, según las estructuras que lo describen y conectan. Una fotografía puede ser una imagen, un registro, la evidencia de un evento, parte de una colección, el rastro de una relación o un objeto sujeto a derechos y responsabilidades específicos. La posibilidad de encontrar, interpretar y mantener cualquiera de estas dimensiones depende de la infraestructura construida a su alrededor.

Las relaciones semánticas son especialmente importantes en sistemas complejos. Los materiales no suelen adquirir significado de forma aislada: están conectados a personas, lugares, fechas, eventos, prácticas, instituciones, colecciones, idiomas, derechos, versiones, formatos y decisiones previas. Cuando estas relaciones están ausentes, son implícitas o se encuentran dispersas en prácticas no documentadas, el sistema se vuelve más difícil de usar y de mantener. En cambio, cuando se modelan cuidadosamente, el sistema puede facilitar el descubrimiento, la interpretación, la migración, la publicación y la revisión futura. Los marcos de datos enlazados y el modelado ontológico pueden ser útiles en algunos casos, pero solo cuando la complejidad de los materiales y los propósitos del sistema requieran ese nivel de formalización. El modelado formal no es una mejora automática. Es valioso cuando clarifica las relaciones que el sistema debe preservar, exponer o hacer interoperables.

El concepto de infraestructura del conocimiento, por lo tanto, trasciende la dicotomía entre contenido y soporte. Los catálogos, vocabularios, metadatos, clasificación, documentación y flujos de trabajo no son contenedores neutrales añadidos una vez que los materiales se recopilan. Forman parte de las condiciones que permiten que estos se conviertan en conocimiento y memoria utilizables. Diseñarlos o repararlos implica trabajar en la estructura que permite que un sistema se mantenga cohesionado sin depender exclusivamente de los saberes tácitos, las decisiones improvisadas o las soluciones temporales.

4. Diagnóstico antes del diseño

El diagnóstico constituye el núcleo metodológico de cualquier intervención responsable en un sistema de conocimiento o memoria. Antes de cualquier diseño o reparación, es fundamental comprender la situación documental existente. Esto implica examinar cómo está organizado el sistema, dónde sus estructuras funcionan, dónde se han vuelto frágiles, y qué tipo de intervención puede soportar la situación. También implica reconocer dónde residen el conocimiento, la autoridad y la responsabilidad, especialmente cuando las prácticas o vocabularios locales aún no se han documentado.

La fase de diagnóstico no es un paso administrativo preliminar. Es la condición que permite que la intervención sea proporcionada, contextual y responsable. Sin diagnóstico, un proyecto puede comenzar con una solución técnica o descriptiva prefabricada antes de comprender la estructura real de los materiales. Dichas soluciones pueden generar orden superficial, pero a la vez perturbar las relaciones, las historias y las responsabilidades que dan sentido al sistema. Una intervención prematura puede hacer que los materiales sean más visibles, pero dificultar la comprensión de su contexto.

Por lo tanto, un proceso de diagnóstico debe examinar tanto las estructuras que ya sustentan el sistema como los puntos donde dichas estructuras han comenzado a fallar. Esto requiere prestar atención a las formas existentes de organización, descripción, flujo

de trabajo, documentación y gobernanza, así como a las deficiencias, dependencias e incertidumbres que hacen que el sistema sea frágil. El objetivo no es solo identificar lo que falta, sino comprender cómo se mantiene el sistema.

Esto también exige prestar atención a lo que no debe alterarse. Los archivos, las colecciones y los sistemas de memoria suelen contener vestigios de disposiciones previas, clasificaciones locales, nombres provisionales, categorías heredadas o soluciones improvisadas. Algunas de estas pueden resultar inadecuadas para su uso futuro, pero aún pueden preservar evidencia de la historia institucional, las prácticas comunitarias, las decisiones de investigación o la procedencia documental. El diagnóstico ayuda a distinguir entre el desorden que dificulta el uso, la estructura que conserva su significado y los vestigios que requieren interpretación antes de cualquier modificación.

El diagnóstico protege un proyecto de soluciones prematuras. Evita que se impongan plataformas, vocabularios, bases de datos y flujos de trabajo antes de comprender la situación documental real. Además, aclara la magnitud de la intervención: si un proyecto requiere un proceso de asesoramiento, un vocabulario, un modelo de metadatos, un plan de documentación, un flujo de trabajo, un mapa de colecciones, una estructura de gobernanza, un proceso de implementación, un rediseño más profundo u otra forma de trabajo definida por el estado de los materiales.

En este sentido, el diagnóstico es tanto práctico como ético. Proporciona orientación práctica al mostrar cómo funciona el sistema, dónde es vulnerable y qué tipo de intervención puede soportar. Ofrece orientación ética al plantearse cómo la intervención puede fortalecer el sistema sin borrar las historias, los contextos o las autoridades que le dan sentido. Diagnosticar antes de diseñar implica aceptar que los sistemas de conocimiento no son contenedores neutrales a la espera de mejoras técnicas. Son estructuras situadas cuya lógica interna debe comprenderse antes de poder modificarlas de forma responsable.

5. Sistemas vivos de conocimiento y memoria

La expresión "sistemas vivos de conocimiento y memoria" se refiere a sistemas cuya utilidad perdura más allá del momento de su organización inicial. Un sistema de este tipo no se define únicamente por la presencia de materiales, ni por el orden aparente de un catálogo, base de datos, estructura de carpetas o repositorio. Se define por su capacidad de permanecer útil e inteligible a medida que cambian sus condiciones de entorno.

Un sistema de conocimiento vivo puede utilizarse, pero también explicarse. Sus categorías, vocabularios, campos de metadatos, reglas de nomenclatura, flujos de trabajo y responsabilidades no solo se aplican, sino que también pueden ser comprendidos por quienes los heredan o mantienen. Su estructura no depende de la memoria de una sola persona, de hábitos no documentados ni de decisiones tácitas irreconstruibles. El sistema puede respaldar el trabajo actual y, al mismo tiempo, poner su lógica a disposición de usuarios futuros.

Por lo tanto, la continuidad es fundamental. Un sistema de conocimiento no se considera terminado al ser entregado, publicado, digitalizado o integrado en una plataforma. Permanece activo solo si puede ser mantenido, cuestionado, corregido, migrado, gobernado y ampliado. Esto requiere documentación, pero no solo como un manual externo añadido después del diseño. La documentación debe formar parte del propio proceso: registros de decisiones, guías de mantenimiento, rutinas de actualización, notas de flujo de trabajo, reglas de nomenclatura, ciclos de revisión y registros de responsabilidad permiten que el sistema siga siendo comprensible ante cambios en las circunstancias.

La gobernanza es igualmente necesaria. Un sistema que carece de reglas compartidas para la revisión, la responsabilidad y la resolución de conflictos es estructuralmente vulnerable. Sin gobernanza, el mantenimiento se convierte en improvisación. Sin mantenimiento, la coherencia se vuelve temporal. Un sistema vivo requiere

procedimientos que permitan el cambio sin disolver las relaciones que le permiten funcionar.

Esto es especialmente importante porque los sistemas de conocimiento y memoria nunca son estáticos. Cambian a medida que las colecciones crecen, los proyectos finalizan, las personas se marchan, las prioridades cambian, las plataformas quedan obsoletas y surgen nuevos usos que van más allá de lo previsto en el diseño original. Un sistema capaz de mantener la continuidad debe poder responder a estos cambios sin perder el historial de sus propias decisiones ni el contexto de los materiales que contiene.

Un sistema de conocimiento vivo no es una mera colección bien organizada. Es una estructura capaz de tener continuidad: una cuyas categorías, decisiones, responsabilidades y prácticas de mantenimiento pueden comprenderse y transformarse desde dentro. Su fortaleza no reside en ser fijo, sino en su capacidad de mantenerse coherente a pesar del cambio. En este sentido, el objetivo del diseño no es la clausura, sino la creación de condiciones que permitan que el conocimiento y la memoria sigan siendo útiles, inteligibles y sostenibles a lo largo del tiempo.

6. Comunidad, autoridad y no-homogeneización

El diseño de sistemas de conocimiento y memoria nunca es solo una cuestión técnica. La organización clarifica, conecta y facilita el uso de los materiales, pero también los selecciona, traduce, normaliza y, en ocasiones, los elimina. Las categorías pueden simplificar la búsqueda en una colección, a la vez que reducen la complejidad de las prácticas que la generaron. Los metadatos pueden aumentar la visibilidad, desvinculando los materiales del idioma, el contexto o la autoridad locales. Un vocabulario puede crear coherencia, tratando la variación como un error. Por esta razón, el trabajo estructural debe entenderse como una intervención en las condiciones en las que la memoria se representa, transmite y utiliza.

Una estructura responsable no busca la limpieza a cualquier precio. Lo que parece inconsistente o inacabado puede conservar vestigios de decisiones anteriores, historias institucionales, prácticas locales o conocimientos comunitarios. El desorden puede obstaculizar el uso, pero también puede contener huellas de las condiciones en las que se produjeron y manipularon los materiales. Reorganizar sin un diagnóstico previo implica el riesgo de perder esas huellas antes de comprender su significado.

Esto es especialmente importante en proyectos que involucran memoria comunitaria, archivos locales, colectivos culturales y entornos documentales frágiles. Los vocabularios locales no son deficiencias que deban corregirse con terminología profesional. Pueden registrar relaciones, distinciones, experiencias y autoridades que los sistemas externos no reconocen. La tarea no consiste en reemplazarlos con un lenguaje más estandarizado, sino en comprender cómo funcionan, qué visibilizan, qué protegen y cómo pueden coexistir con otras formas de descripción cuando sea necesario.

Por lo tanto, la autoridad comunitaria debe seguir siendo fundamental. La documentación debe apoyar a quienes conservan la memoria, no extraerles el conocimiento para trasladar el control a otro lugar. Un sistema diseñado para la continuidad debe facilitar el uso de los materiales, preservando al mismo tiempo la autoridad de las personas, comunidades o instituciones vinculadas a ellos. Esto implica prestar atención a cómo se distribuye la autoridad en la descripción, el acceso, la revisión, la interpretación y el uso público. También implica reconocer que algunas formas de saber pueden requerir límites, contexto o condiciones específicas de acceso.

Tela de Araña plasma este principio en la práctica. Ofrece un espacio de trabajo para comunidades pequeñas, organizaciones de base, proyectos de memoria local, colectivos culturales y archivos frágiles cuyos sistemas necesitan estructura, evitando explícitamente la sustitución del conocimiento, el idioma, las decisiones o la autoridad de la comunidad. El énfasis se centra en identificar los materiales existentes, los puntos de dispersión, las áreas vulnerables, las necesidades urgentes y la primera estructura

que pueda ser de ayuda, sin separar el conocimiento de quienes lo poseen y lo preservan.

Estructurar el conocimiento de forma responsable no significa limpiarlo a cualquier precio. Significa crear condiciones de uso sin borrar las huellas, los lenguajes, los conflictos y las autoridades a través de los cuales se produjo la memoria. Por lo tanto, un sistema de conocimiento vivo debe contener más que solo materiales. Debe contener también las relaciones, los contextos y las responsabilidades que dan significado a tales materiales.

7. Hacia una práctica de cuidado estructural

Las secciones anteriores apuntan a una práctica que puede describirse como cuidado estructural. Este término designa el trabajo de diseñar, reparar y mantener las condiciones que permiten que el conocimiento y la memoria perduren sin congelarse, extraerse, simplificarse ni depender de una sola persona, plataforma o momento de intervención. El cuidado estructural no trata los archivos, las colecciones, los documentos, los vocabularios y los flujos de trabajo como componentes aislados. Presta atención a las relaciones entre ellos y a las prácticas mediante las cuales se mantienen utilizables a lo largo del tiempo.

El cuidado estructural comienza por cartografiar lo existente. Antes de reorganizar, publicar, trasladar o modelar los materiales, es fundamental comprender su estado actual: dónde se encuentran, cómo se denominan, cómo se utilizan, qué relaciones los conectan, qué estructuras los sustentan y dónde se han debilitado dichas estructuras. Esta cartografía no es meramente descriptiva: proporciona la base para decidir qué se debe reparar, qué se debe conservar, qué se debe documentar y qué no se debe alterar sin un análisis más profundo.

También requiere reconectar los materiales dispersos. La dispersión no se limita a la ubicación física o digital. Los materiales pueden estar separados por estructuras

incompatibles, responsabilidades fragmentadas o conocimientos que se encuentran en distintos lugares y en manos de distintas personas. Reconectar significa restablecer las relaciones que permiten que esos materiales vuelvan a ser útiles, sin borrar la historia de su fragmentación.

El diseño de estructuras coherentes es otro aspecto fundamental del mantenimiento estructural. Coherencia no significa uniformidad, sino que las categorías, descripciones, reglas de nomenclatura, flujos de trabajo y relaciones se puedan explicar y mantener. Un sistema coherente permite a los usuarios comprender por qué los materiales están organizados de una manera determinada, cómo se tomaron las decisiones y cómo se deben gestionar los cambios futuros. En este sentido, la coherencia facilita tanto el uso actual como la revisión futura.

Las relaciones semánticas son fundamentales para este trabajo. Los sistemas de conocimiento y memoria dependen de la capacidad de conectar materiales con personas, lugares, eventos, fechas, prácticas, idiomas, derechos, colecciones y decisiones previas. Cuando estas relaciones permanecen implícitas, el sistema se vuelve vulnerable a malentendidos y pérdidas. Cuando se documentan y modelan cuidadosamente, facilitan la interpretación, el descubrimiento, la migración, la publicación y la continuidad. Por lo tanto, el cuidado estructural incluye el diseño de vocabularios, metadatos, clasificaciones y modelos de relaciones que permiten rastrear el significado sin forzar que todos los materiales se ajusten a una única lógica descriptiva.

La documentación es el mecanismo que garantiza la perdurabilidad de la gestión estructural. Las decisiones que dan forma a un sistema, incluyendo sus excepciones, rutinas y criterios de modificación, deben registrarse para que quienes no estuvieron presentes en su creación puedan comprenderlo. La documentación evita que la continuidad dependa exclusivamente de la memoria. Además, permite a los futuros usuarios cuestionar y revisar el sistema sin perder la lógica que lo originó.

La gobernanza otorga a esta durabilidad una forma operativa. Transforma la responsabilidad, el mantenimiento y el cambio en procedimientos compartidos, en lugar de hábitos informales. Sin gobernanza, el cuidado estructural sigue dependiendo de la buena voluntad o la memoria individual. Con la gobernanza, un sistema puede definir cómo se produce el cambio y cómo se registran sus consecuencias. Esto convierte la continuidad en una práctica compartida, en lugar de en un resultado fortuito.

La atención estructural integra estas dimensiones en una sola práctica. No considera el mapeo, la documentación, la gobernanza y la revisión como servicios separados, sino que los trata como partes de un mismo problema: cómo crear sistemas capaces de albergar conocimiento y memoria sin inmovilizarlos. Un sistema con atención estructural puede seguir funcionando a pesar de los cambios en las personas, las herramientas, los materiales, las categorías y los usos. Su fortaleza reside en su capacidad de mantenerse inteligible durante su transformación.

8. Conclusión

La supervivencia del conocimiento y la memoria no se reduce a la simple conservación de documentos. Los materiales pueden permanecer presentes mientras que las estructuras que les otorgan significado se debilitan o desaparecen. Una colección puede seguir existiendo, pero perder las relaciones que permiten su localización, interpretación, mantenimiento, revisión y uso. Sin esas relaciones, la preservación queda incompleta. Lo que sobrevive puede llegar a ser difícil de comprender.

Tela de Araña pone de manifiesto la necesidad de estructuras que se mantengan firmes sin aplanarse. Su trabajo parte de la confluencia de la preservación, la organización y la memoria: el frágil espacio entre los materiales que sobreviven y las condiciones que los hacen utilizables. El problema central no reside únicamente en cómo evitar la pérdida de los materiales, sino en cómo preservar las relaciones documentales, semánticas y prácticas mediante las cuales estos materiales siguen participando en los sistemas de conocimiento.

La fragilidad documental demuestra que la memoria puede debilitarse silenciosamente. Esto se manifiesta a través de pequeñas fallas estructurales: hábitos no documentados, vocabularios inestables, catálogos incompletos, archivos dispersos, categorías poco claras y conocimientos locales que carecen de estructuras compartidas. Estas condiciones no siempre destruyen los materiales, pero reducen su capacidad para mantenerse inteligibles con el paso del tiempo.

El diseño de sistemas de conocimiento vivos responde a esta condición al considerar la estructura como una forma de continuidad. Los mecanismos que organizan, describen, conectan, documentan y gestionan los materiales no son soportes auxiliares. Forman parte de la arquitectura que permite que la memoria siga siendo utilizable. Su propósito no es imponer el orden por sí mismo, sino crear las condiciones para que el conocimiento pueda seguir siendo comprendido, mantenido, revisado y sostenido por quienes trabajan con él.

Cuidar el conocimiento y la memoria, entonces, no es solo salvar lo que existe, sino también mantener las estructuras a través de las cuales lo que existe pueda seguir comprendiéndose.